apropiado con relación á los otros objetos. Cuando un objeto se adapta especialmente á sus usos, y todas sus partes, á la vez que se adaptan á sus usos especiales, contribuyen directamente al uso general del todo, ó varios objetos están relacionados de tal modo que todos contribuyen á un solo uso ó designio general, tenemos en esta adaptación al uso la idea de la unidad.

Ejemplos naturales.—Un árbol es bello por su forma primorosa, por la proporción de sus partes y por el movimiento ondulatorio de sus ramas; pero observamos más escrupulosamente, y hacemos apreciación más debida de esta belleza, cuando vemos que el tronco ha sido hecho fuerte para resistir al viento; que las ramas se dividen y se subdividen para dar apoyo á las innumerables hojas; que éstas son anchas y delgadas láminas suspendidas de tallos delgados, para que el contacto con el aire sea más libre; y que ellas suministran al árbol su principal sustento, absorbiendo de la atmósfera las impurezas perjudiciales á la vida animal. En este arreglo de las varias partes vemos la adaptación al uso ó la unidad.

Unidad en el arte.—Al examinar cualquiera de las obras del hombre, nuestra satisfacción depende, en su mayor parte, de la idea de que ellas están llamadas á ser útiles y de que en su construcción se ha realizado este designio. Esto es verdad especialmente con relación á las máquinas. Si estas no son útiles, son miradas como juguetes; y se trata de mejorarlas si no se adaptan completamente á su uso. No se experimenta completa satisfacción sino cuando el trabajo ha sido ejecutado de una manera acertada.

En la construcción de un edificio buscamos la misma unidad de propósito: por muy hermoso que sea, si no está adaptado á su uso es imperfecto. Luego todas las partes esenciales de un edificio deben ser arregladas

teniendo en mira esta utilidad, y las que no correspondan á ella deben omitirse. La prueba de habilidad arquitectónica es arreglar convenientemente las partes de una construcción de modo que todas estén subordinadas al objeto á que se consagra aquella. Entre los límites de la unidad así conservada, se puede mostrar gran variedad en el gusto.

Uno experimenta placer al ver un cuarto en donde los muebles y demás utensilios han sido colocados siguiendo las leyes de la unidad. El uso determina el carácter general del todo, y entre sus límites debe darse cabida al adorno. En las habitaciones más frecuentadas debe haber cuadros y otros objetos hermosos de arte, como objetos de vista que estén conformes con las condiciones fisiológicas de los ojos, y las necesidades del entendimiento. Una variedad conveniente en este sentido está en completa armonía con las ideas de la unidad.

Desobediencia de las leyes de la unidad.—El principio de unidad es generalmente desatendido en arquitectura. Las iglesias, los salones de conferencias, por ejemplo, son construidos de acuerdo con cierto canon dogmático, sin atender á las necesidades acústicas, y así no sirven ni para el orador ni para el auditorio. Con frecuencia se construyen edificios públicos ó de particulares en que el uso está sujeto á la apariencia externa.

Cuando á un edificio se le agregan ciertas partes inútiles con el fin de adornarlo, se viola el principio de la unidad. En la construcción de las azoteas, puertas, ventanas, y otras partes necesarias de un edificio, puede atenderse á una forma bella y á un arreglo elegante, pero la idea fundamental de la unidad prohibe la adición de partes innecesarias á la estructura, que solo sirvan como adorno.

La agregación no es la unidad.—Cuando uno visita una galería ó un museo de artes, siente la ausencia de la idea de la unidad. En toda colección no puede haber más idea general que la de la agregación. Una visita ordinaria á tales lugares no deja más que una idea confusa é imágenes poco satisfactorias, y no queda de ella provecho, ni se siente placer en hacerla. Únicamente cuando se concentra la atención en un solo objeto puede obtenerse buen resultado, y en este caso se conserva la idea de unidad por la exclusión de todo objeto excepto el que se estudia.

Simetría.—Observando cualquier muestra de la vida orgánica se nota cierto arreglo ordenado de las partes, merced al cual se mantiene el equilibrio de ambos lados, y este arreglo es uno mismo en todos los individnos que pertenecen á una misma especie, y es análogo en las varias especies que constituyen los grupos más generales. Las hojas de una planta, por ejemplo, son unas veces opuestas, otras alternas; ó pueden estar colocadas en otro orden, pero siempre se mantiene una igualdad sustancial en ambos lados. De igual modo, los miembros anteriores y posteriores de un animal forman equilibrio y los miembros y los órganos del sentido son dobles y están siempre colocados en posiciones opuestas. Este arreglo de las partes para formar el equilibrio se llama simetría, y la percepción de ella es grata al entendimiento, y constituye uno de los elementos de la belleza.

Simetría en la naturaleza.—El placer que experimentamos á la vista de un árbol hermoso depende bastante de la idea de simetría que nos sugiera. Aunque no haya una reproducción exacta de partes por ambos lados, puede haber equilibrio general. Para ver hasta donde entra la simetría en nuestras ideas sobre la hermosura de un árbol, no tenemos más que observar uno

que haya sido partido por el rayo, y notarémos que con la pérdida de un lado ha desaparecido la belleza.

La idea del arreglo simétrico de las partes está tan profundamente grabada en nosotros con respecto al reino animal, que el menor desvío de esa ley hace que las cosas nos parezcan grotescas, y nos causa una sensación de malestar. Tenemos un ejemplo de esto en la acedía: en ella la posición de la boca y de los ojos, es tan diferente de la de los otros peces, que la imaginación, por más esfuerzos que hace, no se convence de que no sea una equivocación de la Naturaleza. Experimentamos la misma sensación penosa á la vista de un cojo ó de un tuerto.

Simetría en el arte.—La idea de la simetría ocurre en casi todo género de construcciones. En la arquitectura es un elemento especial que exige idea central y equilibrio en el acto de agrupar las partes subordinadas. Cuando falta cualquiera de estas condiciones se experimenta la sensación de que hay algo incompleto y de que hay carencia de uno de los elementos de la belleza. Los objetos que se hallan fuera de su respectiva posición producen un efecto análogo. Cuando una puerta ó una ventana que debieran estar en posición vertical están torcidas, su vista produce una sensación desagradable, y esta es más fuerte para las personas cuyas facultades de observación están más educadas. Esta sensación es producida en parte por la idea de inseguridad que ocasiona la vista de un edificio inclinado ó de alguna de sus partes.

Armonía.—La armonía que considera la dependencia de las partes y sus relaciones en cuanto al estilo, se halla en íntima relación con la unidad, que considera la adaptación de las partes al uso. En cuanto á la dependencia, la armonía exige que las partes principales se

hagan más prominentes, y que las menores no salten á la vista. En este sentido, la armonía está íntimamente aliada á la proporción, pero siempre una proporción en sentido general que considera todas las partes que sirven para formar la estructura ó la unidad. En las puertas demasiado grandes, en proporción de las paredes en donde están colocadas, encontramos ejemplos de esta falta de armonía; en algunas azoteas, tan pequeñas que apenas se distinguen; en los edificios pequeños coronados de cúpulas grandes, etc.

Armonía en el estilo.—La armonía exige, en segundo lugar, que en los detalles de los arreglos y trabajos se preserven ciertas semejanzas de estilo y se eviten los contrastes muy marcados. Cuando se violan las leyes de la armonía nos parece que se ha cometido un error en juntar partes que pertenecen á objetos diferentes, y las que, aunque puedan servir para el uso á que se las ha destinado, estarían mejor habiéndolas arreglado de otro modo.

Armonía en la naturaleza.—Vemos esta idea de la armonía llevada á la perfección en toda la estructura orgánica. Cada especie de árbol tiene su ley especial de desarrollo y su forma típica, y cada individuo de la especie se conforma á dicha ley y se aproxima más ó menos á la forma. En la familia de las coníferas los individuos tienen generalmente figura de espiral, y sus ramas y hojas son peculiares del tipo; los arces varían mucho en este particular, y no hay mezcla alguna de los caractéres de las dos especies. En el reino animal encontramos la misma ley de armonía en cuanto á la forma general, al arreglo de las partes y á los caractéres especiales. Tanta fe puede tenerse en esta conformidad de estructura en las especies, que un anatómico puede reconstruir un animal con un solo hueso que encuentre, y

aun reconstruir especies extinguidas, sirviéndose de la forma de una sola de sus partes impresa en las rocas. Tan poderosa es la impresión que ejerce en el entendimiento esta idea de la armonía de las formas animales, que el descubrimiento hecho en Australia de los restos de una especie, que participaba de las particularidades de las aves y de los mamíferos, fué mirado como fábula; y cuando la evidencia vino á ser palmaria, el animal fué mirado como un monstruo.

Armonía en el arte.—En arquitectura el elemento de la armonía es de importancia especial. Muchos estilos deben su origen á diferentes condiciones y circunstancias, cada uno de cuyos puntos expresa una idea definida, y todos los cuales son necesarios para complemento del todo. Entre estos estilos diferentes hay pocos puntos parecidos, y el mezclarlos causaría el mismo efecto que ver hojas de pino y de arce en un mismo árbol.

La arquitectura griega se desarrolló en la construcción de grandes templos, y en un clima casi tropical. El templo estaba formado de cuatro paredes en forma de rectángulo, y de un pórtico exterior y otro interior, sostenidos por columnas y comunicados por aberturas practicadas en las paredes. El interior formaba un atrio abierto, y toda la habilidad de los griegos para decorar la empleaban en el pórtico, que era el lugar de reunión pública y la parte principal del edificio. Cuando en estos tiempos se construye un templo al estilo griego, en los climas en donde se hace necesario un abrigo contra las inclemencias del tiempo, se ve que el pórtico es de poca utilidad práctica, y que tiene el inconveniente de privar de luz á la parte interior. Se sigue de aquí que la parte principal de dicho edificio no está en armonía con su utilidad. Cuando las formas que nacieron con el templo griego se usan para adornar edificios construidos en otras cir-

cunstancias y para satisfacer necesidades de otra clase, producen un efecto desagradable, por la violación de las leyes de la armonía.

Falta de armonía.—Se nota la misma falta de armonía en la mezcla de los tipos especiales y característicos de otros estilos de arquitectura. Las almenas y torrecillas de los Normandos fueron levantadas para que sirvieran de defensa en una época de guerra perpetua, y los arcos góticos deben su origen al fervor religioso. Unir las formas de estos dos estilos, y adaptarlas así á las casas modernas, es cometer doble impropiedad.

VARIEDAD.—Estudiando escrupulosamente la Naturaleza vemos que aunque hay conformidad con las leyes de la proporción, la unidad y la simetría, no hay dos cosas exactamente semejantes. Las hojas de un árbol, aunque se conformen á un tipo común, son todas diferentes; no hay ramas iguales, ni dos árboles tan parecidos que se confundan. Lo mismo puede decirse respecto del reino animal: no hay dos animales enteramente semejantes, y aun cuando la semejanza sea tan perfecta como la de la formación de los dos costados de un animal, hay diferencias en los detalles que se distinguen por medio de un examen escrupuloso. Por la falta de semejanza se evita la monotonía, las nuevas impresiones ofrecen un placer perpetuo, y se ve que la variedad constituye uno de los elementos esenciales de la belleza.

Variedad en la naturaleza.—Con respecto á la variedad de la Naturaleza dice Ruskin: "¿No es verdad que el interés que se siente al escuchar una cosa repetidas veces no es el mismo al principio que al fin?: luégo, ¿porqué creéis que viendo una cosa repetidas veces, aunque ésta sea la mejor y la más hermosa del mundo, podréis sentiros igualmente interesados? Tal vez me

contestaréis: "¿Pero no vemos constantemente la puesta y la salida del sol, las violetas y las rosas, y no nos cansamos nunca de ellos?" Á mi vez os preguntaré: ¿habéis visto alguna vez dos salidas del sol semejantes? ¿no varía Dios las nubes día y noche?; aunque á la verdad, el solo aspecto de la gran mole luminosa que aparece y desaparece con la rotación de nuestro planeta es lo bastante para causarnos interés, pues, por más que lo veamos, hay cambios diarios en él. Veis á menudo las rosas y las violetas, pero raras veces hay dos parecidas, y aunque así fuese tendríais cuidado de no ponerlas en un mismo ramillete, porque éste carecería así de interés."

Variedad en el arte.—La variedad que, según hemos visto, constituye un elemento importante en la Naturaleza, ocupa también un puesto de importancia en el arte. Esto se nota especialmente en la arquitectura de nuestras casas. Un cuarto agrada más con ventanas diferentes y con paredes divididas para que las unas no sean copias exactas de las otras. Un edificio parece mucho más bello cuando en la simetría exacta hay una variedad conveniente en el arreglo de las partes. No hay nada más feo que un edificio de fachada lisa y monótona, con muchas ventanas, en que cada una venga á ser el duplicado de la otra, colocadas mediando espacios iguales: como, por ejemplo, una fábrica, cuya estructura es sinónimo de fealdad.

Monotonía en las ciudades.—Lo mismo puede decirse con respecto á la agrupación de las casas en una ciudad. Por bello que sea un modelo de edificio en sus proporciones generales, su reduplicación interminable á lo largo de las calles causará opresión, y la mente encuentra un positivo placer en la vista de una casucha desmoronada, porque destruye la triste monotonía. Cuando la enseñanza del arte se generalice y los princi-

pios arquitectónicos sean bien entendidos, la casa edificada por cada arquitecto será la expresión de su gusto individual, y la agrupación de dichos edificios tendrá toda la variedad del carácter individual. Entonces las calles de una ciudad presentarán un aspecto agradabilísimo por las continuas sorpresas que pueden proporcionar; cada cambio será una variación de formas bellas, y el conjunto vendrá á ejercer una influencia importante en la educación.

Color.—Otro elemento fundamental de la belleza es el color. La luz que nos permite distinguir los objetos nos viene principalmente del sol, y creemos que hay un acuerdo tan notable entre la vista y los rayos del sol, que la luz ordinaria del día proporciona placer, mientras que la luz de un carácter esencialmente distinto ocasionaría malestar. Los rayos directos del sol se debilitan, sin embargo, generalmente, y se distribuyen tanto sobre los objetos, que llegan á la vista en varios grados de intensidad, lo que no solo sirve de descanso á los ojos, sino que ofrece los únicos medios por los cuales distinguimos la forma por la vista. Si fuera posible que toda la luz que entra por los ojos tuviera igual intensidad, desaparecerían la forma y la belleza de los objetos.

Modelo de la belleza en el color.—El análisis de los rayos solares da los colores del prisma, y nos creemos autorizados para presumir que la proporción de color mas grata á los ojos, y por lo tanto la más bella, es la del espectro solar, y que, cuando estén separados, los colores que entran por más en la composición del rayo solar serán los que podamos mirar por más tiempo sin desviar la vista.

De los colores primarios, el azul, por ejemplo, constituye tal vez la mitad de un rayo de luz, y el amarillo un poco más de la cuarta parte. La combinación del

azul y el amarillo constituye el verde. La experiencia demuestra que, de los colores primarios, aquel en que la vista puede fijarse más sin fatigarse es el azul, y de los secundarios, el verde. En el azul del cielo y en el verde de la tierra tenemos las más grandes masas de color que la Naturaleza ofrece, y en ellas la vista se fija satisfactoriamente, lo que confirma la idea de la belleza de proporción que existe en los rayos del sol, y muestra la conformidad de las condiciones internas á las realidades objetivas.

Colores complementarios.—Así como el rayo solar suministra la proporción de color que la vista exige, es claro que ésta se fatigará tarde ó temprano de contemplar un solo color, y en tal caso se experimentará alivio en observar los colores complementarios. Como el rayo solar se compone de los tres colores primarios, azul, amarillo y rojo, cada uno es el complemento de los otros dos, ó separado ó en combinación. Entre los colores vivos, el verde es el que más agrada á la vista, pero ésta, cansada al fin, exige el color complementario, que es el rojo. De igual modo, la vista cansada del morado, pide el amarillo, y cansada del anaranjado exige el azul. Si la vista está cansada de un solo color, como, por ejemplo, del azul, y se dirige á otro color compuesto del azul, como el verde, el elemento azul no se distingue y el verde parece amarillo.

Al ponerse uno en frente de otro dos colores complementarios, se aumenta la intensidad de ambos y se produce una especie de combinación agradable, como se ve en el amarillo y el morado de los pensamientos, y en la apariencia de las brillantes flores rojas que forman contraste con el verde de la grama. Cuando dos colores no complementarios, que contienen ambos un elemento común, como el azul y el verde, vienen á reunirse, el